

El moderno hijo pródigo

El hombre moderno es un hijo adolescente que, cansado de soportar la autoridad excesiva, los pesados cuidados, los interminables consejos, las duras exigencias de su viejo padre: el Dios metafísico-bíblico, decide pedirle su herencia y marcharse a un país lejano. ¡Que el viejo se quede allá, en su mansión sacrosanta, porque él se va lejos, a vivir su vida libremente, a la ciudad profana! Libre ya de la memoria fastidiosa de su padre, como si su padre no existiese; como si hubiese muerto. Le basta con su herencia: con sus capacidades adquiridas, con sus habilidades aprendidas, con su educación recibida, con sus saberes filosóficos, científicos y técnicos conseguidos bajo la antigua tutela.

El padre es comprensivo. Sabe que un hijo adolescente debe pasar por una crisis en que necesita independizarse, desarrollar por sí mismo su personalidad, “cometer sus propios errores”, conocer el mundo, vivir su vida. Por eso le da su herencia gustoso y lo deja marchar. Lo ve alejarse con cierto orgullo y satisfacción, pero con el corazón lleno de zozobra.

Quiere que su hijo aprenda a ser responsable y autónomo. Sabe que para eso debe permanecer oculto, silencioso, sin intervenir. Incluso aunque después de un tiempo empiece a recibir insistentes llamadas en su teléfono móvil. No; no es bueno que conteste a esas llamadas, que son para pedirle más dinero, para pedirle soluciones a problemas que el hijo debe aprender a resolver por sí mismo, para hacerle preguntas que el hijo debe aprender a contestárselas solo. Sigue esperando, aguardando, con el alma en un hilo, con el corazón angustiado. “Ya comprenderá”. “Ya madurará”. “Ya volverá”. “Pero ahora tiene que aprender a vivir sin mí”.

El hijo aprendió en medio de dificultades. Pasó grandes apuros. No supo utilizar sabiamente su herencia. Malgastó su dinero. Pervirtió su filosofía. Usó de su ciencia para autodestruirse. Se hizo esclavo de su técnica. Por aquel país donde se fue a vivir sobrevino un hambre extrema. Había sufrimiento, guerras, insolidaridad. Había soledad, abandono, egoísmo, opresión, desesperación. Tuvo que “tragar sapos” y “cuidar cerdos” para sobrevivir. Comprendió que había que pagar un alto precio por la libertad mal empleada. Quiso empezar de nuevo. Quiso volver a casa de su padre, el Dios metafísico-bíblico.

Pero el viejo Dios bíblico también había cambiado. En medio de su continua angustia por la ausencia de su hijo, sobrecogido por el dolor y la incertidumbre, había decidido partir en su busca. Ya no era un viejo todopoderoso, en su mansión sacrosanta. Ahora era otro caminante más, pobre, deambulante por el camino de la ciudad profana. Conoció también el hambre, tragó también sapos y se embarró con los cerdos, hasta encontrarse por fin cara a cara con su hijo, en un emotivo diálogo “de tú a tú”: “—Padre, he pecado contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo”. “—Hijo, estabas perdido y te he encontrado. Ven conmigo y celebraremos una fiesta”.

El otro hijo, que era clérigo, no quería entrar a la fiesta. Pero el padre, todavía embarrado pero lleno de felicidad, le dijo: “Todo lo mío es tuyo. Deberías alegrarte conmigo por el regreso de tu hermano, que estaba muerto y ha vuelto a la vida”. Y los tres juntos: el viejo Dios metafísico-bíblico que ya no era sino otro caminante embarrado, el hijo moderno que ya había madurado, y el hijo clérigo que ya había comprendido, entraron felices a la fiesta.

Estamos actualmente “viviendo” la parábola del hijo pródigo.

El mundo laico, ateo, agnóstico o indiferente, es el hijo menor, el alejado de Dios, que gasta su dinero en la ciudad profana. Lo hace así porque debe hacerlo para asumir su autonomía, para establecer su independencia, para razonar por sí mismo, desde sí mismo. Vive “como si Dios no existiera”. Para él, “Dios ha muerto”.

El padre abandonado, el que queda lejos, en su “mansión sacrosanta”, es el Dios metafísico, el Dios del teísmo tradicional, el Dios del deísmo, el Dios de los filósofos, el Dios tapagujeros, el Dios “milagrero”, el Dios justiciero, el “Amo Mago”.

Queda lejos porque el verdadero Dios quiere que esa imagen suya esté lejos. Porque el verdadero Dios quiere dar autonomía al mundo, libertad al hombre, ámbito a la razón. Porque el verdadero Dios es “kenótico”: un Dios oculto y silencioso, contraído para dejarnos espacio, retraído para no avasallarnos.

El “país lejano” donde se va el hijo pródigo, es nuestro mundo actual. El mundo de la naturaleza, de la civilización, de la sociedad, de la economía, de la política. Con sus aspectos maravillosos y apasionantes, con sus logros y sus progresos. Con sus ciencias y sus poderosas tecnologías. Pero también con sus terribles fracasos, sufrimientos, esclavitudes, injusticias y calamidades. Con sus riquezas y sus hambrunas extremas. Con sus placeres y sus obligaciones agobiantes. Con sus momentos de juerga y sus trabajos de “cuidado de cerdos”.

El hermano mayor es el mundo de la religión. Los clérigos, las jerarquías eclesiásticas, los hombres y mujeres piadosos, los cumplidores, los moralistas, los devotos, los sumisos. Los que frecuentan ritos y ceremonias, y se entregan a prácticas y sacrificios. Los que rezan y piden... Los que se quejan de la secularización. Los que se horrorizan del ateísmo, de la impiedad, de la desvergüenza de la sociedad mundana.

El padre que sale al encuentro del hijo perdido, el que se angustia por su ausencia, el que corre por los caminos hacia el país lejano en busca de su hijo, el que se embarra buscándolo entre los cerdos, el que llora de emoción al verlo, y lo estrecha entre sus brazos, besándolo efusivamente... Es Dios hecho débil, hecho prójimo, hecho cercano, hecho pobre, hecho oprimido, hecho fracasado, hecho abandonado, hecho hombre en Jesucristo.

Al final, este mundo profano volverá a su Padre, a ese Padre embarrado, hecho pródigo como él. Y el mundo sagrado, venciendo su indignación de no verse preferido por el Padre, tendrá que hacerse humilde para tener la felicidad de poder entrar a la fiesta con su hermano.
